

sazon de que se distinguiese por medio algun hecho heroico, para mostrarse digno de la alta condicion á que lo habia elevado el amor de la princesa. Fué puesto á la cabeza de un cuerpo de ejército, y como por respeto á su rango, diósele una escolta de pagos y guardias encargados de abandonar á los golpes del enemigo.

Tohneyo, que desde el dia de su matrimonio supo colocarse á la altura de su nueva posicion, descubrió ahora la red que le tendian, y resolvióse á morir ó á confundir una vez á sus enemigos por medio de su tucia y su arrojo. Con la gente puesta á órdenes avanzó hácia Coatepec; los contrarios salieron á su encuentro, y se trabó combate. En lo mas fuerte de él, Tohneyo deseando librarse de la importuna presencia de los señores que buscaban ocasion de perderlo, dió un grito y se dejó caer fingiéndose muerto. Corren los nobles á dar razones al suceso y la corte se regocija, en tanto que las tropas de Tula se desbandan en confusos espantosa; pero el astuto macehual, tan pronto como desaparecen los nobles, se levanta y se pone á la cabeza de una compañía de soldados escogidos á quienes tenia en el secreto de su estratagema; contiene á los dispersos hácelos volver á la carga cogiendo por la espalda al enemigo que se creia triunfante. obtiene, por último, una de las victorias señaladas de que hacen mencion los autores toltecas.

Tras esta victoria, persigue Tohneyo á los rebeldes hasta las mismas provincias de donde salieron; enarbola en ellas el estandarte real, las somete y se pone de nuevo en marcha con su ejército hácia Tula, con no poco espanto del rey y de la nobleza, quienes trataron de desarmar, por medio de los homenajes y el esplendor del recibimiento, el enojo de que suponian animado contra ellos al hábil caudillo. Fueron enviados á su encuentro los oficiales de la casa real y los miembros mas distinguidos de las principales familias. Delante del vencedor venian los gefes de la revuelta prisioneros y el botin de guerra. Toda la poblacion salió á recibirlo y lo llevó con armas y banderas al palacio, á cuyo pórtico bajó Tecpancáltzin á abrazar á su yerno, vistiéndole la túnica triunfal y ciñéndole una diadema de plumas de quetzal.

No dice la tradicion qué fué de Tohneyo mas adelante; pero es de creerse que con su arrojo y los altos hechos referidos, impuso silencio para siempre á la envidia y malevolencia de sus contrarios.

## XVII.

*Continuacion del reinado de Tecpancáltzin.—Presajios de ruina.—Leyendas sobre la peste y la vuelta de las aguas.—Tecpancáltzin abdica el cetro en favor de su hijo.*

La paz obtenida con la victoria de Tohneyo, hizo que Tecpancáltzin se creyera afirmado en el s6lio y diese rienda suelta á sus ape-

titos, sin que su orgullo é insolencia reconocieran límite alguno.

En medio del esplendor de su reanudada prosperidad, comenzó la série de presagios y calamidades que con algunas interrupciones parciales, continuaron hasta la ruina de la monarquía. Tembló repentinamente la tierra, cayendo varios edificios de la capital y el gran puente de piedra echado sobre el río, en que pereció multitud de gente. Otra noche la montaña de Zacatepec mugió como toro embravecido, y de sus vertientes brotaron piedras y otras materias encendidas que asolaron los campos en contorno. A la luz de este incendio se dejaron ver no pocos espectros de trage ceniciento y ademan amenazador, que parecían agrandarse mas y mas hasta desvanecerse en el aire.

Reinaba el espanto en Tula y demas poblaciones del valle, y para apaciguar la cólera del cielo, ocurrióse á los sectarios de Tezcatlipoca ofrecer á esta deidad un sacrificio expiatorio. Obtenida la vénia del rey, acordaron á las prisiones donde estaban los cautivos hechos en una campaña reciente contra Itzocan, sacáronlos y condujéronlos al templo de Yaotzin, y, habiendo echado suertes uno de los sacerdotes para saber cuál seria la primera víctima, resultó designado un adolescente á quien no pintaba todavía el bonete pontífice con su puñal de obsidiana; mas en vano buscó el corazón para ofrecerlo en

altar; aquel pecho estaba vacío, y la admiración del sacrificador cundió en toda la concurrencia; sigue abriendo el cadáver y ve que no tiene entrañas y que las venas mismas carecen de sangre. En este momento el cadáver empieza á exhalar horrible fetidez que hace retroceder á todos los circunstantes. Tratóse de llevarlo á un muladar, pero su peso era tal que no lograron moverlo, y cuantos de él tiraban caían muertos al pié del ara unos tras otros. Apareció allí á la sazón un mágico de edad proveya y venerable aspecto aunque sarcástica sonrisa, y le aconsejó que cantaran un himno; hiciéronlo así y comenzó ya á moverse el cadáver, pero las cuerdas se reventaban á cada instante, y cuantos lo arrastraban sucesivamente caían muertos. Así llegaron hasta la cumbre de la montaña vecina; dejaron allí aquel objeto de horror, y los pocos hombres que volvieron bamboleaban á guisa de ébrios.

Por medio de esta alegoría está representada la peste que asoló á Tula en aquellos dias, y que no debe confundirse con la habida posteriormente bajo el reinado de Topiltzin. El padre de este príncipe, azorado con el caso que referimos, evocó á Tlaloc; mas al presentársele esta divinidad, limitóse á pedirle que le conservase corona y riquezas, é irritado Tlaloc con el egoísmo del monarca, resolvió no apartar del pueblo las plagas que lo afligian y que debían redundar mas tarde en perjuicio del mismo rey. El invierno si-

guiente hubo heladas que destruyeron las mieses; faltaron las lluvias en la estacion que las es propia; secáronse los rios y las fuentes hendiéronse los montes; vino el hambre haciendo perecer poblaciones enteras; los hacidos cadáveres se corrompieron, volvió la peste, y bandas numerosas de malhechores recorrían las aldeas aumentando el horror de tal situacion. Rebelóse el pueblo contra el monarca echándole la culpa de aquellas calamidades; la familia real huyó de Tula y volvió á encerrarse en una fortaleza, donde se vió por espacio de muchos dias asediada de los amotinados que inundaban en sangre las calles, exijiendo de Tepecancáltzin, á quien hicieron comparecer y humillaron, el sacrificio de sus propios hijos en las aras de Tetzacatlipoca.

A tal serie de horrores, causados en su mayor parte por el hambre, puso tregua la vuelta de las aguas, que habian faltado durante cuatro ó cinco años. Aquejado de hambre y la sed, un macehual habia descendido al valle donde siglos despues se fundó México; adelantóse hasta la colina de Chalultepec contemplando el lecho seco y hendidido de la laguna. En la expresada colina habia un palacio que solian habitar en el estado los reyes de Tula; el matantial que existió al pié del monte estaba enteramente seco; apocósimóse el indio, pareciendo en las miradas que dirigia al cielo quejarse á los dioses de la esterilidad de la tierra; sentóse á la orilla

de la fuente y se quedó dormido. A media noche y cuando las estrellas brillaban con extraordinaria claridad, despertóle un ruido que parecia venir de las entrañas de la colina y que aumentaba mas y mas. A poco un hilo de agua cristalina brotó de la concavidad de la roca; el hilo se convierte en chorro sonante, llénase la fuente y desbórdase al fin el agua, inundando las campiñas inmediatas. El indio, lleno de júbilo, comprende que los dioses han coronado sus votos y que va á cesar el hambre; prostérnase para adorar á Tlaloc, y al levantarse, ve á los tlaloques ó ministros de tal deidad, caminando como sombras por la superficie del agua y cortando cañas tiernas de maíz que nacian á sus piés y con las cuales se alimentaban. Uno de estos espíritus dijo al macehual:—"Corta una y cómetela."—"Con la mejor voluntad, respondió el hambriento, pues hace mucho tiempo que no me doy tal gusto."—"Siéntate y come, tornó á decirle el tlaloque, mientras voy á consultar á nuestro dios." Desapareció bajo el agua, y momentos despues volvió trayendo un haz de milpas que entregó al macehual, ordenándole que lo llevase al rey. Este mismo dia nublóse el cielo, estalló la tempestad y comenzó á llover á mares.

Habiendo cesado las plagas del hambre y la peste y restableciéndose la paz en el reino, Tepecancáltzin mejoró de conducta, se dedicó á reprimir las malas costumbres, y, hostigado del cetro, determinó pasarlo á manos de

ta  
di-

su hijo Topiltzin. Tal determinacion volvió á irritar los mal apaciguados ánimos; estallaron nuevas rebeliones; en Tula misma, segun varias relaciones históricas, los sectarios de Quetzalcohuall depusieron á Tecpancáltzin de la dignidad de pontífice y eligieron á otro sacerdote introduciendo con ello un cisma, que no terminó sino á condicion de que el rey padre sentaria en el trono á su bastardo dándole por asociados á los dos señores principales que alegaban derecho á la corona, y que eran Quauhtli y Maxtlatzin, segun se dice. La jura de Topiltzin, á dar crédito á Veytia, tuvo lugar en 1091, "dándole la obediencia los dichos dos señores Quauhtli y Maxtlatzin, y con ellos todo lo mas principal del reino, excepto los tres régulos de la costa del Sur y sus vasallos, que, aunque fueron convocados, no quisieron concurrir ni dar la obediencia al nuevo monarca; pero viendo que todo el resto de la nacion le habia jurado, se creyó Topiltzin asegurado en el trono; porque los régulos no se atrevieron por entonces á moverse, contentándose con mantenerse independientes y gobernar por sí solos sus Estados, sin subordinacion alguna al rey tolteca, que no tuvo por conveniente por entonces empeñarse en reducirlos á su obediencia."

XVIII.

*Primeros años del reinado de Topiltzin.—Entregase este monarca á los placeres.—Siguen cumpliéndose los vaticinios de Huemantzin.—Arrepentimiento del monarca.*

Topiltzin, en los primeros años de su gobierno, se casó con una de las principales señoras de Tula y dió muestras de índole bellísima, concitándose el amor de sus pueblos. Los señores que le estaban asociados en la administracion del reino, humillábanse ante su sabiduría y prevision, y acabaron por no tomar sino muy pequeña parte en los negocios públicos, confesándose inferiores á quien llevaba el cetro con tanto acierto y esplendor. La paz y prosperidad del Estado y la ciega obediencia de todos sus vasallos, influyeron no poco, sin embargo, en que el orgullo se fuese posesionando del corazon del monarca, quien despertando casi repentinamente á los placeres, empezó á entregarse á ellos sin prestar oido á los consejos y reconvencciones de sus padres Tecpancáltzin y Xóchitl, quienes veian con espanto y pesadumbre renacer en el hijo el fuego y la desventura á que debió su origen, y de que ellos mismos dieron ejemplo á la nacion escandalizada.

El rey, una vez puesto en vía tan funesta, no se detuvo, y la corrupcion, cundiendo en todas las clases, no respetó ni el santuario, de

ta  
di-

algunos de cuyos ministros se valió Topiltzin como instrumentos de seducción para hacer creer á las mugeres que era meritorio ante los dioses ceder á los desordenados deseos del soberano. Las mismas sacerdotizas no fueron respetadas, y el cuadro de la prostitucion habida en Tula en aquella época, no podria ser trazado sin que recordase á nuestros lectores el de la que mostraba Babilonia en los dias inmediatos á su toma por las falanges de Ciro. "En el corto espacio de dos años—dice Veytia—llegó á tanto la corrupcion de costumbres en el reino tolteca, que ya ni el rey se cuidaba de la observancia de las leyes, ni los vasallos atendian mas que á saciar sus brutales apetitos; y turbado todo el orden, precipitándose de delito en delito, eran frecuentes los robos, las muertes y otros abominables crímenes."

En vano Tecpancáltzin y Xóchitl renovaban sus amonestaciones paternales y derramaban ardientes lágrimas ante los desórdenes del rey. No se detuvo este en la pendiente que recorria, sino cuando siniestros presagios vinieron á acibarar sus placeres, consternando á toda aquella degenerada sociedad. Vióse en los aires á considerable altura un milano blanco, cirniéndose sobre Tula con una flecha en las garras, por espacio de varios dias. Un aerolito de extraordinario tamaño, semejante á las piedras de los sacrificios, cayó estrepitosamente á inmediaciones de Chapultepec, que se llamaba entonces Cencalco. Por los mis-

mos dias apareció una vieja de horrible aspecto, que á todas horas andaba de aquí para allá, agitando y ofreciendo en venta una especie de banderolas; cuantos tenian la desgracia de tomarlas eran arrebatados y sacrificados por manos invisibles.—Pero lo que puso colmo al espanto fué lo acaecido poco despues al mismo rey en sus jardines. Divertíase en ellos, cuando vió un animal pequeño con cuernos como de venado; tiróle con cerbatana alguno de los áulicos, y habiendo recogido la presa, reconocieron en ella un conejo. Sobresaltóse el rey, que se acordaba de las predicciones de Huemantzin; mas dominándose, continuó su paseo: en el curso de él, sin embargo, halló un colibrí ó chupamirto, con espolones como de gallo, y entonces, no siendo ya dueño de sí mismo, corrió á encerrarse en su aposento y convocó á todos los sábios de Tula para que examinasen el significado de aquellos presagios.

Convinieron los sábios en que eran los mismos designados por el antiguo astrólogo, como prueba de que se acercaba el fin de la monarquía tolteca; pero que tales predicciones no debian tenerse por infalibles, y que con la reforma de las costumbres y la abundancia y el esplendor de nuevos sacrificios, se aplacaria la cólera de los dioses, salvándose el Estado. De aquí data el arrepentimiento de Topiltzin, quien comenzó á dictar leyes para reprimir el vicio, y, alejando de su presencia á los testigos y compañeros de sus desórde-

nes, consagróse al ayuno y la penitencia, deramando lágrimas y exclamando continuamente: "De aflicción y miseria he cargado mi alma." La leyenda conserva un cántico compuesto por Topiltzin, y que tratan de imitar estos versos:

"Mi madre, mi digna madre,  
Al verme en la embriaguez,  
Con triste acento decia:  
"Este mi hijo no es;  
Ni al ministro de los dioses  
Reconocer puedo en él."  
¡Oh príncipe infortunado!  
¡Corred, lágrimas, corred!"

Los sectarios de Quetzalcohuatl, que presenciaban el arrepentimiento de Topiltzin, se llenaron de júbilo, creyendo todavía posible la salvación del Estado; y la misma leyenda conserva este canto con que procuraban disipar la tristeza del monarca:

"Ha vuelto la deidad entre nosotros  
Tal como la adoramos otros días:  
Tras el enojo de su larga ausencia  
Llenan, á su presencia,  
El corazón piadosas alegrías.  
De esmeraldas sembrad el trono santo,  
Y el afligido rey enjugue el llanto!"

En ambos cánticos aparece el doble carácter de rey y sumo sacerdote ó representante de Quetzalcohuatl que asumían los soberanos de Tula. Agrega la leyenda que la pendien-

te del mal es fácil y agradable, así como áspera y enojosa la vuelta al bien; que esta no habría podido efectuarse sino con mucha lentitud en la envilecida condición en que se hallaban los toltecas; por último, que las reformas á que Topiltzin trató de reducirlos, solamente lograron á escitar contra él las pasiones populares, haciendo germinar la semilla de las nuevas plagas que iban á cundir por el Estado.

### XIX.

*Nuevas calamidades en Tula.—Otras alegorías de la peste.—Rebelión de los colegas de Topiltzin.—Humíllase ante ellos el rey.—Venida del ejército rebelde y ajuste de una tregua.*

El fallo de la ruina de Tula estaba ya pronunciado por el cielo, y el tardío arrepentimiento de Topiltzin no alcanzó á variarlo, como tampoco sus nuevas leyes lograron la reforma de las costumbres toltecas. A poco de la aparición de los presagios mencionados en nuestro capítulo anterior, grandes calamidades, mayores acaso que las del reinado de Tecpancáltzin, se hicieron sentir en Tula. Inundaciones, sequía, heladas, hambre, peste y guerra se sucedieron casi sin intermisión hasta la caída y extinción de la monarquía más importante de estas regiones en los tiempos anteriores á los aztecas.

Desencadenáronse, por principio de cuentas, recios huracanes que echaron al suelo las

casas de los pobres. Tras esa plaga, desatóse la lluvia y cayó por espacio de cien días con sus noches, inundando los llanos y obligando á los habitantes de la comarca á buscar asilo en las cumbres, desde donde veían flotar sus casas, muebles y animales. Perdiéronse las siembras, y aunque se renovaron no bien oreados los terrenos, faltó ya del todo la lluvia, reinaron calores horribles, agotáronse rios y fuentes, helaba noche con noche, secáronse las plantas, perecieron los brutos y comenzaron á dejarse sentir los funestos efectos del hambre. Turbas de vasallos acudían diariamente al palacio en solicitud de alimentos y la miseria general dió creces al robo y á los asesinatos, como algunos años antes sucedió. En el tránsito de las lluvias á la sequía, hubo plaga de sapos que se metían á las casas molestando á sus moradores, y nubes de lagostas que descendían sobre los campos y consumían las sementeras, sin dejar otra cosa que los esqueletos de los árboles.

A todo esto siguió la peste, que la leyenda nos pinta con el vivísimo colorido que solo la imaginación de nuestros indígenas es capaz de aplicar. Dice que en la cima de un cerro inmediato á la capital, hallaron un niño de tan corta edad que aun no hablaba; era blanco rubio y de tan bello aspecto, que como cosa singular lo llevaron á presencia del rey, teniéndolo por presagio feliz del término de sus calamidades. Topiltzin al verlo, sin dar razón de la repugnancia que experimentó

hubo de formar opinion contraria, y mandó que inmediatamente lo volviesen al lugar de donde lo recogieron; lo cual no pudo tener efecto porque en el mismo instante empezó á podrirse al niño la cabeza, y á exhalar tal fetidez que cayeron muertas muchas de las personas presentes. Murió tambien el niño; otros de los circunstantes quedaron enfermos, y el contagio se propagó con rapidez, haciendo fatal estrago en la corte y demas poblaciones del reino.

Otra leyenda pinta de este modo la aparición de la peste: Para tratar de poner fin á los horrores del hambre, se reunieron en Teotihuacan, la antigua ciudad de los dioses, multitud de principes, sacerdotes y sábios que iban á apaciguar la cólera celeste por medio de sacrificios expiatorios; asistieron tambien muchos plebeyos de los tres reinos de Tula, Colhuacan y Otompan, sin otra mira que presenciar las ceremonias religiosas y las deliberaciones de la asamblea. El primer día consagróse en el templo á la oracion, y esa noche se reunió la concurrencia en el gran patio rodeado de pórticos y que servia de vestibulo á la pirámide del sol; en el centro de dicho patio se alzaba el altar con repuestos de leña destinados á consumir las víctimas ofrecidas á Xiuhteuctli, dios del fuego. Alzábanse ya las llamas á considerable altura devorando á los cautivos cuyos gemidos se confundían con el crujido de la leña, los cánticos de los sacrificadores y el rumor de la

danza que los nobles ejecutaban al rededor de la hoguera: á la luz de ésta, las prolongadas sombras de los danzantes se proyectaban en los edificios del contorno, cuando una forma mucho mas colosal y horrible que las demas, apareció repentinamente en el centro de la fiesta. Era un espectro de rostro deforme y brazos largos y huesosos; nadie osó dirigirle la palabra, y él comenzó á danzar con los nobles siguiendo la vuelta y las figuras del baile al son monótono del teponaxtli; pero á medida que avanzaba, cojia en sus brazos al tolteca mas inmediato y lo dejaba caer muerto á sus piés. Toda la noche duró así el baile infernal, sin que álguien hallase en su terror la fuerza de voluntad necesaria para separarse y huir; no terminando aquella fiesta sino cuando el espectro desapareció á las primeras luces del alba. Agrega la leyenda que volvió á la noche siguiente con aspecto aun mas horrible; que ahogó entre sus descarnados dedos á otros muchos toltecas; que no se le vió tercera vez, pero que, al cabo de pocos dias, hallóse en la roca de Hueytepec, á inmediaciones de Teotihuacan, un niño de extraordinaria blancura y formas muy bellas, sentado en una piedra y contemplando desde allí la ciudad; que al aproximársele advirtieron que tenia la cabeza podrida y exhalaba un mal olor tan nocivo que cayeron muertos muchos de los circunstantes; que quisieron echarlo en el lago cercano, pero que no les fué posible moverlo. Evidentemente este ca-

so es el mismo que referimos con anterioridad al del espectro de Teotihuacan, y si lo citamos aquí es para repetir estas palabras de la leyenda: "En medio de los esfuerzos que hacian para mover al niño, mostróse súbitamente el génio del imperio, anunciándoles ser voluntad del cielo que abandonasen para siempre la patria que los vió nacer; que el destino en el Anáhuac solamente les reservaba la ruina, la muerte y calamidades de toda especie, de que no podrian librarse sino huyendo. Terminó conjurándolos á que lo siguiesen y se dejasen guiar por él, ofreciendo llevarlos con toda seguridad á lugares donde hallarian el reposo y la paz. Dejó con tal discurso á los toltecas en la mayor afliccion; la asamblea de Teotihuacan se disolvió sin haber acordado resolucion alguna; pero las plagas sin cuento que siguieron derramándose por toda la monarquía, los convencieron de que no habia para ellos otro camino de salvacion que seguir los consejos de su divinidad."

Por estos dias tuvo principio la guerra que diez años despues derrocó el trono y acabó con el Estado tolteca. Los historiadores no están enteramente de acuerdo entre sí acerca de las causas de esta mas terrible y final calamidad. Segun algunos, los teochichimecas habian seguido emigrando del antiguo imperio de Huehuetlapallan hácia el Sur, y estableciendo mas ó menos considerables poblaciones, de donde se desbordaban sucesivamente con direccion al Anáhuac. El

ruido de sus pasos, para usar de la poética expresion de la leyenda, se oía ya en Tula desde la proclamacion de Topiltzin, y algunos años despues aquellos bárbaros, abriéndose paso á fuego y sangre, tomaron y arruinaron las ciudades de Colhuacan y Otompan, trayendo su ejército hasta las inmediaciones de la corte tolteca; de donde, ajustada una larga tregua con el monarca, se volvieron hasta Xalisco, para venir de nuevo mas tarde con dobles fuerzas y consumir la ruina y desaparicion de tan famoso Estado. Segun otros historiadores, movieron esta guerra los oologas de Topiltzin en el gobierno, insurreccionando sus respectivas provincias y siendo muy probable que se les aliasen en su empresa los chichimecas recién venidos del Norte. Hay todavía otra version, y es la de que los tres régulos del Sur que, segun Veytia, se negaron á reconocer á Topiltzin á su advenimiento al trono, fueron los promovedores de tal insurreccion.

Signiando la segunda de estas versiones Topiltzin llevaba mucho tiempo de no hacer caso alguno de Quauhtli y Maxtlatzin, colegas suyos en el mando, en virtud de lo que venido por Tecpaucáltzin con el partido que se oponia á la coronacion de aquel príncipe. Viéndose despreciados estos señores, y advirtiendo que la indignacion pública estaba al punto de estallar contra el rey, á cuya mala conducta eran atribuidos los males del reino, salieron de Tula so pretexto de huir de la

peste; se dirijieron á Xalisco y se declararon en abierta rebelion, juntando bajo sus estandartes crecido número de descontentos. Conociendo Topiltzin su propia debilidad, juzgó prudente hacerlos deponer las armas por medio de halagos y dispuso riquísimos obsequios de joyas, plumas, telas y un juego de pelota cuya mesa y paredes eran de oro macizo, sirviendo de bola una enorme esmeralda. Tan peregrino producto del arte tolteca fué llevado á Xalisco por medio de máquinas que muchos centenares de hombres hacian mover. Los embajadores, al llegar al punto donde se hallaban reunidos los gefes rebeldes, les presentaron el regalo, diciéndoles de parte de Topiltzin que se lo dividiesen entre sí, y advirtiesen que en Tula no habia otra cosa que miseria y lágrimas á consecuencia de las últimas calamidades sobrevenidas; por lo que les suplicaba el rey que calmasen su indignacion y aplazasen sus pretensiones á la corona para cuando él cumpliese en el trono el término prescrito por las leyes. Los rebeldes tomaron el regalo y contestaron el mensaje en términos ambiguos, con lo cual se retiraron los embajadores desalentados á dar cuenta de su comision.

Tras ellos vino á poco sobre Tula el formidable ejército de los coligados, y aunque Topiltzin los recibió de paz, se la negaron, escitándolo á que aprestara su gente para que en una batalla se decidiese la suerte de ambos partidos. Viéndose oprimido el monar-

ca, solicitó y obtuvo una tregua de 10 años, "por ser entónces una ley inviolable—dice la leyenda—no atacar de improviso, sino avisar al enemigo y darle el plazo necesario para disponer y aparejar sus tropas al combate." No vemos, sin embargo, que en las guerras anteriormente habidas se observase tal costumbre. Una vez ajustada la tregua, los rebeldes tuvieron que retirarse á toda prisa, por no hallar en aquellas regiones, á consecuencia de las secas y heladas, semillas ni alimento alguno de los de primera necesidad.

XX.

*Secta de los Icuinamés.—Aprestos militares en Tula.—Sangrientas batallas.—Muerte de Tepecancáltzin y de Xóchitl.—Leyenda acerca del suicidio de primero.—Suerte posterior de Topiltzin.—Ocupacion de Tula por los teochichimecas.—Fiesta de Xóchitl.—Totec.—Fin de la monarquía tolteca.*

La licencia y la prostitucion no habian amainado en Tula á pesar de las severísimas leyes promulgadas por el rey, y en los dias anteriores á la aproximacion del ejército rebelde, causaba escándalo la secta de los Icuinamés, originaria de Cuextlan, y que se estableció en la corte. Componíase en su mayor parte de mujeres que adoraban signos indecentes, hacian sacrificios humanos y se entregaban á la embriaguez y á desenfrenos de todo linage, llevando máscara á fin de obrar con mas libertad. Dicha secta acabó

de generalizar la corrupcion de las costumbres, que habia llegado á su colmo al presentarse á las puertas de Tula los enemigos de Topiltzin.

Este monarca, aprovechando el tiempo de la tregua, hizo que una parte de sus vasallos se dedicara á la agricultura, separando la mitad de las cosechas para abastecer al ejército, formado al mismo tiempo con todos los hombres capaces de combatir, y hasta con multitud de mugeres entusiastas á cuyo frente se puso la célebre Xóchitl, madre de Topiltzin. Procedióse tambien á la fabricacion de macanas, flechas, picas, mazas y escudos; de manera que al espirar el plazo de diez años, Tula pudo hacer mover tropas brillantes al encuentro de sus contrarios, repartiéndose el mando de las operaciones militares Topiltzin que permaneció con algunos cuerpitos á inmediaciones de la corte, y el anciano Tepecancáltzin y otro gefe llamado Huehuenutcatl que avanzaron con el grueso de la gente armada hasta Toltitlan. Las relaciones que atribuyen esta guerra á la rebelion de los tres régulos del Sur aliados con los teochichimecas, aseguran que Quauhtli y Maxtlatzin, antiguos colegas de Topiltzin en el trono, le fueron fieles hasta el último instante y contribuyeron con sus respectivas fuerzas á la defensa del reino invadido.

Acercáronse los invasores á Toltitlan, y hay quien diga que la resistencia hecha allí por Tepecancáltzin y Huehuenutcatl, se pro-

longó por espacio de tres años, fortificados los toltecas en eminencias naturales rodeadas de parapetos y fosos; hasta que aumentándose considerablemente el número de los contrarios con los refuerzos que diariamente les traían los chichimecas, tuvieron que abandonar aquellos sus posiciones, replegándose tras sangrientas batallas hasta reunirse con Topiltzin á inmediaciones de Tula.

Hubo aquí nuevas batallas por espacio de cuarenta días, y en ellas perecieron el anciano rey Tecpancáztzin, su favorita Xóchitl, Quauhtli y otros personajes, mermándose mucho el ejército defensor, que, al cabo, tuvo que ceder el paso á su contrario, y desbandarse en diversas direcciones.

Hay una leyenda segun la cual Tecpancáztzin sobrevivió á la refriega y huyó hasta Chapultepec, donde permaneció cerca de veinte años lamentando con sus antiguos errores, causa de tantos males, la desaparición de su familia y el total acabamiento de la monarquía tolteca. Diariamente pedía al cielo le quitase aquella vida abrevada en los remordimientos y la amargura; mas el cielo se mostraba sordo á sus plegarias, y el anciano no se robustecía mas y mas en vez de debilitarse y consumirse; hasta que, no pudiendo ya soportar sus penas, se ahorcó en el interior de una gruta y fué sepultado en la colina de Chapultepec, que despues sirvió de tumba á otros reyes, cuyas sombras se dice

que fué á evocar y consultar Moctezuma II al saber la venida de los españoles.

Topiltzin, viendo á sus enemigos vencedores, se retiró con parte de sus fuerzas, incendió á Tula y despues de nuevos reveses, huyó á esconderse en la isla ó cueva de Xico, partiéndose mas tarde hasta la corte del antiguo imperio chichimeca, donde pasó el resto de sus días como particular. Antes de trabarse la lucha á inmediaciones de Tula, habia despachado á sus hijos de tierna edad á los montes de Toluca, encomendándolos á criados fieles para que los ocultasen á la furia de sus adversarios. Uno de los niños fué alcanzado y muerto inhumanamente despues de la derrota; dos de las princesas quedaron al amparo de Maxtlatzin, que se sostuvo algun tiempo en una fortaleza de Tula; los demas hijos de Topiltzin fueron á vivir en Colhuacan á la sombra de su pariente Xiuhemoc, quien, como veremos mas adelante, gobernó los restos de los toltecas reunidos en aquella ciudad. Otros muchos habitantes del reino emigraron hasta las regiones de Yucatán y Guatemala.

Los vencedores, cuyos gefes mas célebres eran Huehuetzin y Xelhua, ocuparon á Tula y trataron de impedir la disolucion del Estado, poniendo en el trono á un noble tolteca, que tomó el nombre de Huemac III; pero sus esfuerzos fueron de todo punto inútiles, y las rivalidades suscitadas entre esos mismos caudillos, no menos que la exaltacion de los

ódios políticos y religiosos entre los vencidos, se aunaron para dar fin á la obra de desolacion que tantos años antes tuvo principio. Huemac III se vió forzado á huir de Tula con su familia; durante la fuga su infeliz esposa dió á luz un niño, y, alcanzado á poco el monarca, fué arrastrado y asesinado sin piedad. — Espantados los chichimecas de aquellas escenas, resultado de su victoria, y desesperando de reducir al orden á la raza conquistada, dejaronla que arreglara sus propios negocios como mejor pudiera, y se retiraron á otras poblaciones segun algunos historiadores.

Se dice que por aquellos dias tuvo lugar el primer horrible caso de desollamiento de las victimas humanas en estas regiones. Yaotl, sectario de Tetzcatlipoca, y encarizado perseguidor de cuantos seguian los ritos de Quetzalcohuatl, habia vuelto á Tula y ejercia allí influjo decisivo en los asuntos públicos. Habia vencido á sus contrarios en un terrible encuentro en el desfiladero de Nextlapau, y solemnizó su triunfo con la fiesta llamada de Xipe-Totec. Un representante de Yaotl, designado con el nombre de Xiuhcozcatl, tenia entre sus prisioneros dos otomíes, hombre y mujer, y se determinó sacrificarlos durante la noche en las colinas dominantes del valle. Encendida la leña en el altar, comenzó el baile al son de los instrumentos sagrados; el sacrificador arrancó á los cautivos el corazon y los sacerdotes se dispo-

nian á arrojar sus cadáveres por las escaleras del teocalli, cuando se acercó Xiuhcozcatl acompañado de otro verdugo, y entrambos desollaron á las victimas de la cabeza á los piés, se cubrieron con sus pellejos y volvieron inmediatamente á tomar parte en la danza. Algunos de los circustantes retrocedieron horrorizados; pero la mayor parte de ellos aplaudieron con frenesí aquel acto de insólita barbarie. “Este sacrificio—dice Brasseur—fué prontamente seguido de otros iguales, cuyo origen anatematiza para siempre los últimos dias de una civilizacion que acababa de extinguirse en la sangre.”

Cuatro años despues del asesinato de Huemac III, crecia la yerba en las calles de Tula y sobre las ruinas de sus edificios.